

by linking it to discussions by Tim Ingold and other anthropologists of birth as a primary idiom for describing casual relationships within many “animist” cosmologies.

Despite these minor misgivings, “The Sun Rises” stands a detailed and authoritative account of a highly complex event of central significance within a tribal society. It is a book that explores the foundations of Apatani cosmology and ritual life. Whilst this is a scholarly text that will appeal to anthropologists and historians in Northeast India and beyond, it may also achieve lasting value among the increasing number of young literate indigenous readers in Arunachal Pradesh. By presenting his own analysis alongside a detailed transcription and translation of this central ritual chant, Blackburn has produced an accessible and reliable doorway into the heart of indigenous ritual practices. The trajectory and life of any text is hard to predict, but some future anthropologist may yet find it revealing to explore the impact of this text in the Apatani valley, from which it ultimately came and to which it will undoubtedly return. Alexander Aisher

**Califano, Mario, Eduardo Crivelli y Juan A. Gonzalo** (eds.): Las religiones de la Argentina aborígen. Buenos Aires: CIAFIC Ediciones, 2010. 327 pp. ISBN 978-950-9010-56-7.

La obra que aquí reseñamos tiene como objetivo presentar un panorama completo de las religiones indígenas de la Argentina. Los editores entienden “religión” como “el conjunto de creencias tradicionales concretadas en relatos míticos, en rituales, en ideas relativas a diferentes deidades y en concepciones acerca del tiempo, del mundo y de lo verdaderamente humano. Damos cabida también a cómo ha sido interpretada la prédica misional, tanto católica como anglicana y evangelista” (13). En este sentido, las once contribuciones compiladas abarcan razonablemente el horizonte religioso de las sociedades nativas que habitaron históricamente y habitan todavía gran parte del territorio argentino. Si bien los artículos han sido escritos por investigadores reconocidos, el libro no sólo apunta al lector especializado sino principalmente al público general interesado en estas temáticas.

El primer trabajo es dedicado a la religión de la Puna argentina y está escrito por Gabriela Morgante. La Puna comprende las zonas occidentales de las provincias de Salta y Jujuy, así como el noroeste de la provincia de Catamarca. La autora presenta una caracterización de la geografía, fauna, presencia arqueológica, vegetación y agricultura de esta región andina. “La religiosidad puneña integra, sobre un campo de prácticas y dogmas precristianos, un conjunto de aportes derivados de la evangelización, resultando un sistema nuevo, único y coherente” (19): de este modo, Morgante otorga una especial importancia a la adoración a la Pachamama o Madre Tierra, el ser mítico cuya veneración cuenta actualmente con la mayor popularidad. Coincidiendo con esto, el ciclo anual religioso comienza cada primero de agosto, en consonancia con un ciclo agro-pastoril dedicado a dicha deidad que da lugar a una serie de festividades, actividades y rituales diversos.

El libro pasa luego a describir la región del Gran Chaco. Mario Califano brinda una descripción tanto geográfica como lingüística de las diversas sociedades aborígenes que habitan esta extensa área cultural en sus subregiones boreal, central y austral. Más allá de la presentación general de las seis familias lingüísticas que tradicionalmente pueblan la región, se centra en la descripción de la religiosidad de los grupos wichís del río Pilcomayo. Investiga pues los relatos asociados con diversos personajes míticos como Tokjwáj o Kao’o, así como la práctica shamánica, la jefatura, los ciclos de guerra, de venganza y finalmente la narrativa asociada con los cultos católicos y evangélicos.

Hacia el noroeste argentino, Federico Bossert y Diego Villar proponen por su parte un acercamiento etnográfico a la religión de los chiriguano y chané, los grupos de origen amazónico que se asentaron entre el Chaco occidental y el piedemonte andino en tiempos coloniales. El artículo desarrolla una auténtica descripción densa de la fiesta del *arete*, la instancia ritual por excelencia que condensa la mayor parte de las nociones religiosas de ambos grupos. En efecto, asociados con este ritual aparecen distintos conceptos cosmológicos que echan luz sobre la festividad como las categorizaciones anímicas de la persona, la ancestralidad, el enmascaramiento ritual, las ideas sobre los muertos y el inframundo, la praxis shamánica y la mitología – en particular, las narrativas sobre los gemelos y los relatos etiológicos que resignifican determinados elementos cristianos.

Edgardo J. Cordeu presenta a continuación el horizonte religioso de los tobas y pilagá chaqueños a partir de un extenso estado de la cuestión histórico y etnográfico que además de los contenidos de la religiosidad “tradicional” (nociones básicas sobre la cosmovisión, la cosmología y la antropogonía) incluye temas como la influencia de diversos misioneros, las distintas iglesias o bien las tendencias teóricas y epistemológicas de las sucesivas investigaciones antropológicas. Finaliza su artículo con una interesante sección sobre el sincretismo religioso que operó en ambos grupos, ejemplificando el problema mediante instancias de reinterpretación simbólica en los movimientos mesiánicos o milenaristas.

Siguiendo en el Chaco, Mario Califano y Juan A. Gonzalo presentan a los chorote que habitan actualmente las porciones boreales y centro-occidentales de la zona haciendo especial hincapié en los variados relatos míticos y en sus personajes, así como también en el accionar del shamanismo y su influencia en la jefatura tradicional. Juan A. Gonzalo examina luego la misma problemática entre los nivaclé a través de diversas fuentes bibliográficas. Nuevamente la mitología ocupa un papel central en la descripción de la religiosidad grupal; en particular, las narraciones ligadas con los dueños de los animales, el origen del hombre y los diferentes mundos posibles.

Para la región mesopotámica, el único estudio del libro es el presentado por la antropóloga Guadalupe Barúa, quien ofrece un panorama bibliográfico de la religiosidad de los mbyá-guaraní que habitan en la provincia de Misiones y en las fronteras con Brasil y Paraguay. Los movimientos milenaristas, la leyendaria búsqueda de la “tierra

sin mal” y la mitología son algunos de los tópicos abordados en este trabajo.

Dejando ya el norte argentino, Catalina T. Michieli describe las religiones indígenas del centro del país, la región cuyana y las sierras centrales al momento de la llegada de los españoles. A diferencia de lo que ocurre en la mayor parte del norte argentino, en esta región “las creencias y prácticas religiosas originarias fueron diluyéndose a medida que desaparecían los idiomas y costumbres que las acompañaban. Ni siquiera puede advertirse que existiera un proceso de sincretismo o transposición, salvo en los últimos años, cuando se trata de revivir culturas indígenas desaparecidas hace mucho tiempo” (243). Por su parte, el arqueólogo Eduardo A. Crivelli M. caracteriza a los grupos que habitan las pampas y la región norpatagónica desde los tiempos prehistóricos hasta la actualidad: los ritos de iniciación y de tránsito, así como la praxis shamánica y la hechicería, son los ejes de su trabajo.

Siguiendo hacia el sur del país, Alejandra Siffredi y Marina Matarrese presentan un estudio de la religión de los tehuelche meridionales que habitaban la provincia de Santa Cruz. Dado que la documentación etnográfica original utilizada data de la década de 1960, la complementan con datos más actualizados publicados más recientemente. Más allá de un pequeño esbozo histórico, las autoras se dedican a describir y analizar las ideas fundamentales relacionadas con la cosmología y la antropogonía tehuelches.

El último artículo también es obra de Juan A. Gonzalo, quien resume la parte de la monumental obra del padre Martín Gusinde para ofrecer una descripción detallada de las ideas y prácticas religiosas de los antiguos habitantes de Tierra del Fuego: los selk’nam o cazadores terrestres, los yámana o canoeros pescadores, y sus pares occidentales halakwulup en el litoral pacífico. Las creencias, los héroes culturales, la mitología, las prácticas shamánicas son parte del rico material expuesto.

En términos generales, podemos afirmar que la edición del libro es cuidada y prolija, y que el libro brinda un anexo de excelentes fotografías en color y blanco y negro de las fiestas y rituales descriptos que le agrega un valor suplementario. Otro punto a destacar es la bibliografía sobre cada grupo al final de cada artículo, que permite al lector interesado acceder a un corpus bibliográfico sumamente útil para profundizar cada tema. Como en toda obra colectiva los aportes de los diferentes artículos son desiguales: hay trabajos con mayor énfasis histórico, otros con una mayor inclinación teórica o etnográfica, y otros escritos fundamentalmente a partir de datos arqueológicos o bibliográficos. Por otro lado es evidente que los estudios consagrados al Gran Chaco superan comparativamente a los dedicados a otras áreas culturales. Sin embargo, debido a la magnitud de la meta propuesta creemos que se trata de un libro que cumple bien el objetivo pretendido: abrir al lector las puertas del complejo horizonte religioso de los pueblos indígenas de la Argentina.

Loirena I. Córdoba

**Candea, Matei:** *Corsican Fragments. Difference, Knowledge, and Fieldwork.* Bloomington: Indiana University Press, 2010. 202 pp. ISBN 978-0-253-22193-3. Price: \$ 21.20

Matei Candea’s book “Corsican Fragments” can be located somewhere between an ethnography and a series of anthropological essays based on ethnographic experience. One of its central aims is to use the Corsican case to carve out a middle ground in between an extreme anthropological essentialism, that takes cultural difference/identity as the starting point for investigation and analysis, and an equally extreme social constructivist approach which deauthenticates experiences and discourses of difference. Candea succeeds in this effort by providing nuanced and sensitive accounts of cultural and discursive processes that illustrate that the movement between these poles of anthropological models of analysis is also at the heart of individual and collective experience on Corsica, where it generates tensions, contradictions and is subject to situational adjustments and transformations.

Chapter 1, “Arbitrary Location,” describes the village where Candea lived during his fieldwork in 2002–2003. In line with recent approaches in both anthropology and geography, Candea approaches place as experiential, discursive, and relative. On this basis, the village itself cannot be thought of as having a fundamental unity – or even of providing unified forms of social interaction or intimacy. Rather, he takes the village as a place from which both small and large unities and small and large disunities, fragments and inconsistencies can be studied. These points are well-taken and nicely articulated. At times, however, Candea’s critical deconstruction of notions of unitary sites, coherent experiences and relationships, unified translocal cultural formations and fixed categories overstates, in my view, the extent to which they are dominant features of contemporary approaches to doing fieldwork or anthropological analysis. Chapter 2, “Mystery,” begins with a reading of the way that Corsica as place has been imagined and figured as both “essential” and “unknowable” in historical and contemporary French discourses about the island. These images and “French prejudice” are mobilized in the construction of an insider subject position and “create” Corsica as a locus of interpretation and intervention. Candea writes that these historical and contemporary discourses also produce and reproduce the binary opposition between the “real” and its representations, and posit an elusive reconciliation as the goal of both anthropology and its subjects.

Chapter 3, “Place,” explores discourses about “essential” connections of Corsicans to physical place. Candea is careful to say that characterizing “attachment to land” as a politicized trope does not mean that this attachment is not felt, or that it is “only” a trope. He goes on to describe the different positionalities – both taken up and ascribed – as locals and tourists observe a fire. The event is used as the focal point for a notion of distributed cognition, and the emergent, social, and situated nature of knowledge. While this view locates both insiders and outsiders in a complex assemblage, these connections are in fact misrecognized by participants: locals retreat into stereotypifi-